

El miedo no es tonto

Por [Martín Caparrós](#) 28 de abril de 2019 (*The New York Times*)

MADRID — España fue a votar con más miedo que esperanza, más estoicismo que entusiasmo. España, como tantos otros países, no encuentra dirigentes que la ilusionen; postulaban para ese rol cinco hombres de menos de 50 años, cinco muchachos guapetones. Cuatro que parecen salidos del mismo anuncio de colonia —de cuando los hombres para serlo debían ser atildados, deportivos y sólidos, ser hombres— y uno que se dejó el pelo más largo; cinco universitarios buenos mozos que no saben hablar sin sonreír. Como si no se pudiera representar a España siendo mujer o viejo o medio renego o pensativa o gordi. Al verlos, la visión de un país plural, multiforme, hecho de diferencias y contrastes, se da de cara contra la pared.

Con más miedos, entonces, que esperanzas, España votó y su partido socialista (el Partido Socialista Obrero Español, PSOE), que hace dos años parecía a punto de deshacerse en sus contradicciones, ganó las elecciones generales. Su líder, [Pedro Sánchez](#), que hace dos años había perdido incluso el liderazgo partidario, va a gobernar España.

Los socialistas ganaron porque supieron aprovechar los errores de la derecha. No solo sus historias de corrupción; sobre todo, sus peleas internas. La derecha española cayó por fin en esa clásica conducta de la izquierda: dividirse, atacarse, perder votos. Allí donde los del Partido Popular (PP) solían ir solos, fueron tres: ellos, Ciudadanos, Vox.

“¡Compatriotas, la resistencia ya está dentro del Congreso!”, [gritó](#) el secretario general de Vox en la plaza Margaret Thatcher de Madrid cuando se empezaron a confirmar los resultados. Hace unos días Vox era el terror: un nuevo partido de extrema derecha, patriotero católico xenófobo machista que llenaba plazas y avenidas. Se le auguraban entre 40 y 60 diputados; [consiguió 24](#). Es mucho, pero los resultados demostraron que la mayoría de sus seguidores eran votantes del PP que, durante años, se habían guardado sus gritos más extremos y que ahora, por fin, [salían del armario](#).

Y es cierto que Vox jugó un rol decisivo: por un lado, arrastró aún más a la derecha a los otros dos partidos conservadores y dejó el centro vacío para los socialistas; por otro, avivó el miedo al fascismo y consiguió que muchos izquierdistas reticentes, gente que llevaba dos o tres elecciones sin encontrar una representación satisfactoria y se abstenía, fuera a votar movida por el susto.

Así que la derecha, que amenazaba tanto, perdió. [...]

Es el momento de las especulaciones: las de los periodistas que intentamos entender lo que pasó y, sobre todo, las de los políticos, que deben armar sus alianzas. Los sistemas parlamentaristas tienen ese raro privilegio: uno va y vota a un candidato —Sánchez, digamos— y ese voto puede servir para que se constituya un gobierno de izquierdas, donde el PSOE se alíe con Podemos, o un gobierno de centroizquierda, donde su aliado sea Ciudadanos.

De ahí las cábalas y vaticinios de estas horas. Más allá de números, todo indica que los socialistas formarán gobierno con el apoyo de Podemos y que las negociaciones serán duras:

los socialistas tratarán de limitar su participación, los podemitas buscarán compromisos, un par de ministerios. Ese gobierno, además, solo puede formarse con el apoyo de los nacionalistas vascos y catalanes —que también pondrán sus condiciones—.

Quedan, igual, dudas. Lo único seguro es Pedro Sánchez. Nunca nadie lo respetó demasiado; nunca nadie lo consideró demasiado inteligente o astuto o meritorio y ahora, en su mediocridad, va a gobernar España con un parlamento manejable. En su supuesta tontería triunfó en toda la línea: o no es tan tonto como muchos creyeron o su país, que lo elige, lo sería más que él.

Y su triunfo no se limita a España. Sánchez ha dado vuelta a una tendencia que parecía irreversible: hacía años que la socialdemocracia europea no ganaba elecciones; ahora, cuando acaba de hacerlo, Sánchez querría que su triunfo marcara un regreso de esa opción tan malherida —y querría, por supuesto, volverse su adalid—.

Mientras tanto tendrá que gobernar España. Ha prometido mejorar la situación de la salud y la educación públicas —y es probable que lo haga, dentro de un orden—. Ha prometido avanzar en el camino de la igualdad y cuidado de género —y también es probable—. Ha prometido aminorar el paro juvenil —y también—. Es improbable, en cambio, que produzca cambios relevantes en varios temas muy centrales: la fiscalidad, el papel de los bancos, el problema de los inmigrantes, la distribución de la riqueza. Y le queda, por supuesto, la crisis catalana, el caldo de cultivo de la extrema derecha patrioter. De cómo lo encare dependen, para España, tantas cosas.